**HISTORIA: LA DISCIPLINA Y EL OFICIO**

Doy gracias a los organizadores de la Cátedra Luis Antonio Restrepo por esta honrosa invitación. No puedo dejar de reconocer los aportes del maestro Restrepo a la formación que, junto con otros, recibí en la Universidad Nacional.

Hoy quiero plantear a uds algunos problemas e inquietudes que se ventilan en torno a nuestra disciplina. No lo haré desde alguna perspectiva teórica en particular pues no creo, a estas alturas, en la existencia de paradigmas rectores como ocurre en otros campos del saber. Hegel y Marx formularon sendas visiones de una Historia que obedecía a una lógica o derrotero, con principio y fin, evolucionista, de menos a más, y, por tanto, con sentido. No se puede negar la inmensa contribución que al conocimiento, como interpretación, ha realizado la academia sobre situaciones vividas en el pasado por sociedades, culturas y naciones, apoyándose en esas sugerentes arquitecturas desde las cuales se ha intentado y se sigue intentando hacer inteligible el pasado desde una historia total en la que todo cabe o es reducible a amplias nociones de tipo macro en las que pueden caber todas las expresiones vitales por particulares que sean. Considero, además, que ambos edificios han servido metodológicamente al esfuerzo de saber con qué nociones y herramientas se puede obtener una mayor fiabilidad en la investigación….

Si no se habla desde una teoría rectora o directriz, entonces, se preguntarán Ustedes, y con toda razón, ¿desde dónde pienso enfocar estas reflexiones que quiero compartirles? Si bien uno siempre habla desde la experiencia propia, esta palabra puede ser recibida con cierto prejuicio, en tanto se tiende a pensar que hablar desde ahí es ni más ni menos que hablar desde el empirismo y eso no es bien visto a los ojos de una actividad que se pretende científica. Sin embargo, quiero ser sincero en reconocer que la experiencia es mi punto de partida. Lo planteo en el sentido más amplio que se le pueda dar a esa palabra en las ciencias humanas, en cuanto la experiencia alude no solo al contacto físico con las fuentes y los archivos y con el trabajo casi artesanal del historiador cuando llega el momento de redactar y crear un texto. Alude, por supuesto al conocimiento historiográfico sobre los problemas que nos inquietan, a lo que otros estudiosos e investigadores han dejado para sus émulos y para el campo disciplinar. También al trabajo en la docencia que tal como lo adelantamos nosotros en esta institución y como nos enseñaron los fundadores, supone una constante reflexión sobre dudas, inquietudes de tipo particular o general, en el nivel del detalle o de la amplia unidad de análisis que surge del diálogo con los colegas y con los estudiantes en las clases. Y Por supuesto, alude a la esfera especulativa e interdisciplinar a la que tiende la Historia, que surge de un pensar la vida humana como un derrotero o sin rumbo. Creamos o no, la inquietud está ahí, y por ello, es inevitable, aún en medio de nuestro escepticismo, entrar en relación crítica con las explicaciones y análisis macro, de amplias unidades en las que todo aspecto particular de la existencia humana adquiere pertenencia y pertinencia.

**1.** El primer tema al que quiero referirme es a la relación o no relación entre Historia como disciplina y la historia en sentido común o historia patria o cívica. En la acepción disciplinar la Historia con mayúscula, para diferenciarla de la otra, presupone la reunión y procesamiento crítico de información sobre cualquier tema o asunto de cualquier sociedad cuyo resultado no es el descubrimiento de una VERDAD que después se hace inalterable sino una obra escrita de tipo interpretativo que puede adquirir o no el valor de una obra de referencia en el mundo de los historiadores profesionales, es decir, de aquellos que se han formado académicamente, como se forma un médico, un ingeniero, un arquitecto, o cualquier otro profesional en nuestra época. Aquí la obra, como todo producto de tipo científico, es sometida a un múltiple proceso de evaluación por parte de pares acreditados, de una comunidad especializada –en la que no todos sabemos de todo- que no dirá si la obra es falsa o verdadera, sino si la obra fue escrita de acuerdo con los presupuestos del estado del arte respectivo, con fundamento bibliográfico y con apoyo documental. Si es un trabajo original si constituye un aporte al volumen cognitivo existente sobre el problema tratado e incluso, el o los jurados pueden hablar hasta de la coherencia en la formulación y tratamiento del problema, de la calidad de la escritura y de estilo de cierre o apertura del asunto.

En cambio, y no por oposición, la historia patria, es históricamente la reunión en un gran relato de la memoria de una sociedad, pueblo, comunidad o país, a partir del surgimiento de las naciones modernas, que en el proceso de superación del Antiguo Régimen y la instauración de las instituciones y valores de la Modernidad responde a la necesidad de una identidad colectiva y de un sentido de pertenencia que rebasara la simple leyenda o mito. Se trata pues de un relato escrito por personas y comisiones que realizaron exploraciones sobre hechos, acontecimientos, personajes, sitios e instituciones en la idea de que dicho relato se constituya en elemento fundacional, único, incuestionable, homogenizante y distintivo, respecto de otros relatos de igual tenor que sólo sirven a otra comunidad.

El gran relato de carácter patriótico no se propone pues responder a las inquietudes que tradicionalmente nos planteamos en la Historia disciplinar. Aquel se caracteriza en primer lugar por el culto al heroísmo de los fundadores de la patria, por eso no es igual al gran relato de otros países. En esta parte el contenido está referido a los esfuerzos, dificultades y sacrificios de quienes hicieron posible la creación de la nación o la república. Batallas, héroes, verdugos, victorias y derrotas son narrados en un tono épico que producen emociones y sensibilidades. Toda identidad como dice Benedict Anderson está forjada por oposición a otro. El relato se parece mucho al cantar de gesta, pero, también se inspira en una idea cara a la historia positivista que busca reproducir el pasado tal y como ocurrió.

Además de su espíritu épico, glorioso, el relato patrio es, al igual que la leyenda y todo mito, incuestionable, no está disponible para la crítica, no exige erudición previa o una formación especial para que la recepción cumpla el cometido de homogenizar a los individuos de una población en un mismo pasado que a su vez crea la sensación o sentimiento de identidad colectiva. El relato patrio no tiene pretensiones de cientificidad, no hace más culta a las gentes que lo escuchan y memorizan en la escuela. Es un trabajo orientado más a los campos de la memoria, un equipaje que le da sentido a la vida, no a la ciencia. Se nutre y se complementa con símbolos e iconos distintivos y sagrados: la bandera, el escudo y el himno, cada uno de los cuales, como el relato escrito y oralizado, es incuestionable, homogenizador y épico.

En todos los países la estructura y la lógica es casi siempre la misma, por eso no caben juicios de gusto como el que han realizado varios periodistas e intelectuales entre los que se destacan Daniel Samper Pizano y Alfredo Iriarte, que ironizan los contenidos cuando no es que sugieren la necesidad de rebasar, superar y cambiar esos relatos idílicos, incompletos y acientíficos por uno que se parezca más a la Historia en sentido disciplinar. Ese tipo de reacción al relato patrio, así como el de historiadores profesionales que han planteado el reto de “mejorar” y “cualificar” la enseñanza de la historia en la infancia, se mueven en lo que a mi parecer es una falsa e impertinente oposición. Esa historia patria no se puede comparar con las historias que hacen los historiadores profesionales, esta no tiene ni puede tener visos sacralizadores o de incuestionabilidad, no busca homogenizar, ni filar ni colectivizar ni llegar a todo el mundo. La una es simple la otra es compleja. Una es formadora de cohesión, la otra, como cualquier conocimiento científico, rebasa fronteras, se mueve a placer en la incertidumbre. La Historia con mayúscula rehace, cambia, transforma y amplía el conocimiento sobre el pasado, el relato patrio es un algo acabado, concluso. Pretender oponer relato patrio con Historia es como oponer fe con razón. El relato patrio es para creer, la Historia es para pensar.

**2**. Un segundo problema al que me quiero referir en esta charla está orientado a establecer precisiones respecto de quién es historiador y quién no lo es y de ahí saber cuándo una opinión, idea o reflexión de tipo histórico tiene o no sustento o fundamento disciplinar o científico y cuando se ubica en el campo de la especulación y del sentido común, es decir de lo que se oye decir.

En apariencia es fácil dilucidar este problema, sin embargo, el uso y abuso corriente de la noción de Historia nos hace caer en equívocos cada vez más difíciles de aclarar. Estamos acostumbrados a escuchar opiniones sobre historia de parte de profesionales de otras disciplinas, no solo de las más familiares sociales y humanas, sino también de las llamadas ciencias exactas. A la Historia apelan sin rubor políticos y poetas, los unos para lucir o posar de intelectuales y ganar prestigio, los otros, casi siempre, para condensar o reducir en frases apretadas cientos de años de historia en una parrafada finamente escrita para hacerse célebres. No hay nada más fácil en el mundo académico que la trivialización disfrazada de fraseología altisonante. Es lo que Daniel Pécaut llama la “vulgata histórica” que reemplaza el tedioso e ingente trabajo de los académicos por el facilismo de la opinión. Cuando se acepta que cualquiera puede ser par nuestro estamos permitiendo la banalización de la profesión u oficio y cualquiera puede ser nuestro par cuando le damos entrada, credibilidad o importancia a las necedades carentes de fundamento. Es un vicio muy ligado a la creencia de que la Historia es muy fácil, de que la Historia es un discurso que es o falso o verdadero, así de simple, por tanto al alcance de cualquier profesional, como si se tratara de un pasatiempo.

No ocurre cosa parecida con otras disciplinas, ni siquiera en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. No se acepta que cualquier aparecido funja de filósofo, antropólogo, lingüista, filósofo o sociólogo, mucho menos en las ciencias exactas se admite la intrusión, que así se debería denominar a ese vicio, de especuladores que funjan de químicos o matemáticos o físicos. Una cosa es querer llegar a núcleos cada vez más amplios de la población para hacerles inteligibles o comprensibles algunos de los problemas que se ventilan en el mundo del saber científico, para lo que ya existen técnicas, y para lo que se supone un cierto nivel de desarrollo cultural y académico de la población, y otra, muy otra, es creer que cualquiera puede acceder, sin el esfuerzo requerido, sin el lleno de los mismos, a los vastos problemas de la Historia. De aceptar esto último, no valdría la pena mantener abiertos los programas de formación profesional en la disciplina. Suena antidemocrático, excluyente y elitista, pero, así ocurre con el saber al margen de cualquier consideración moralista, es un asunto de desarrollo de competencias y aptitudes que solo se logran a partir de esfuerzos y disciplina que no todo mundo orienta a hacia lo mismo. Entendamos que cada ciencia o disciplina de ese corte tiene su propio régimen, reglas de juego, requisitos, cualidades que no todo mundo puede llenar. De pronto en siglos pasados era admisible que, como decía Philipe Ariés, la historia fuera un oficio del que se ocupaban los abogados los fines de semana, o que de la historia como “reproducción” se ocuparan otros profesionales liberales o autodidactas. En el mundo científico de hoy, la Historia se ha posicionado como una disciplina respetable que, no obstante, está en mora de señalar sus linderos. Por ejemplo, que no consiste en una mera narración de hechos ordenados cronológicamente.

Precisamente, la idea que circunscribe la Historia a una técnica narrativa es la que propicia su adscripción a uno de los varios géneros literarios. El razonamiento es simple: como quiera que el pasado ya no es, ya dejó de ser, todo lo que digamos sobre él está en el orden de la invención, los textos que se escriben, a su vez se convierten en fuentes de tal forma que toda historia es o está referida a lo que ya se ha escrito sobre ella. La invención y la imaginación cobran la misma importancia que para los que no compartimos esa visión tienen los documentos, los textos, las huellas y rastros de todo aquello que hicieron los hombres en determinados contextos. Así, por ejemplo, no cabe la imaginación, o no puede ser esta la rectora de la estructuración de una narrativa en torno al asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. La atmósfera emocional de odios entre liberales y conservadores ilustrada en la prensa de la época, en editoriales, en crónicas, en documentos oficiales y hasta en caricaturas, modelan y sirven de fundamento a cualquier análisis que un historiador quiera hacer sobre el tema, ejercicio en el que es admisible y comprensible cierto nivel de imaginación, como cuando se habla de manera metafórica de una direccionalidad de la protesta de la multitud.

En el debate sobre las diferencias entre literatura e Historia es muy esclarecedor un ensayo del historiador Eduardo Posada Carbó incluido en su libro de ensayos El desafío de las Ideas. Una cosa es la pretensión de un novelista de utilizar una situación, acontecimiento o personaje histórico real, para construir un relato basado en diálogos y pensamientos y hechos imaginados y otra muy diferente es atribuirle a ese producto la categoría de obra de Historia. ¿Por qué? Se preguntarán ustedes razonablemente. Son varios los literatos que han incursionado en las narraciones históricas, Marguerite Yourcenar en Memorias de Adriano y en Opus Nigrum. Hedor Dostovietski, Marcel Proust, Honoré de Balzac entre muchos otros, que lejos de toda tensión académica han sabido plasmar en sus novelas aspectos de la vida social, de la cotidianidad, de los sentimientos y de las costumbres y resortes morales de sus respectivas sociedades. En Colombia García Márquez nos legó en Cien años de soledad algo parecido, y en El general en su laberinto lo que para muchos es el mejor trabajo sobre el final del Libertador Simón Bolívar. Sí, digo en positivo, deberíamos los historiadores tomar nota de los aportes que podemos encontrar en la obra de literatos destacados abundante, rica y calidosa información que nos puede servir de complemento de la que recogemos en otro tipo de fuentes. No, en sentido negativo, si lo que se nos trata de vender es la idea de que las obras literarias, por el hecho de contener información histórica constituyan obras históricas. La obra de un historiador adquiere una consistencia distintiva en cuanto tiene el deber de pasar por al menos tres filtros de evaluación: 1. Mostrar un conocimiento de toda la bibliografía escrita previamente sobre el tema que se está investigando, es decir, ser pertinente. 2. Ser sometida a evaluación por pares académicos y editoriales, es decir, formar parte de una comunidad científica y de una de sus corrientes o enfoques o áreas de especialidad. 3. Tener sustento o fundamento documental que hagan creíble el discurso que está siendo presentado.

No se imaginarán ustedes un novelista sometiendo una novela o un cuento a la consideración de u jurado para recibir un título de magíster o doctor. Mucho menos llenando su obra con citas de pie de página, unas conclusiones y una bibliografía o entrando en debate metodológico con otros colegas. El novelista tiene la libertad de dejar volar su imaginación y crear situaciones y personajes e historias sin que tenga que demostrar su pertinencia científica. Su finalidad no es crear conocimiento sino recreación, estimular sensibilidad con las artes y hasta miradas críticas sobre problemas éticos y morales de la sociedad, su juez natural es el gran público. La imagen sobre el historiador es la de un estudioso, un analista, un investigador, un erudito y pensador, cuyas obras arrojan luces sobre el pasado y al que no le es permitido hacer de la imaginación su fuente principal de inspiración. Lo que hay de común entre el literato y el historiador es la preocupación por hacer inteligible al lector y al estudioso un problema, los primeros poniendo el énfasis en la narración, los otros en mostrar la complejidad, es decir, problematizando un asunto. El historiador no prescinde del estilo ni deja de lado la importancia de narrar con propiedad y limpiamente una situación.

**3.** El tercer tema al que me quiero referir hoy tienen que ver con el estado actual de la disciplina. Parto de un interrogante, una pregunta ronda el ambiente de nuestra comunidad: ¿está en crisis la Historia? La respuesta no es nada fácil. En el entendido de la pérdida de valor y eficacia de los paradigmas que regían nuestro trabajo bajo los cuales se produjo el más elevado volumen de obras producto de investigaciones de campo y que de una u otra forma proporcionaban un margen amplio de certidumbre, la respuesta es afirmativa. En efecto, si tomamos como punto de partida la concepción de la historia humana con sentido, desde la cual se acometieron grandes empresas investigativas que fue útil para dividir la Historia en eras y periodos, en sociedades y culturas y civilizaciones, en problemas estructurales como economía, sociedad, religiosidad, política, etc., y nos situamos en las últimas dos o tres décadas lo que tenemos en un abigarrado panorama temático, en una, para muchos críticos, como Jesús Antonio Bejarano que afirma en el texto de referencia para hoy que se vive una excesiva especialización, miniaturización o como lo explicita el historiador francés Francois Dosse en el sentido de que hemos llegado a una historia en migajas, a girones, a pedazos. Una excesiva parcialización que va desde el giro lingüístico que alude al estudio de campos discursivos que se supone dan cuenta de realidades específicas y que tienen una gran autonomía respecto de otros aspectos de la vida, que no admiten la idea de la causalidad ni de la determinación de unas estructuras hacia otras o hacia a algunos aspectos de la vida, hasta las historias particulares sobre el proceso de producción de saberes y de profesiones, al estudio de aspectos micro de la existencia a la manera como el biólogo estudia en una célula bien la célula en sí misma o bien el universo que en ella se expresa, como es lo que se ejemplifica a la perfección en el estudio del genoma humano y el código genético.

Es innegable que el enfoque estructuralista que subyace en el paradigma de la historia con sentido ha dejado un apreciable acerbo de trabajos e investigaciones que arrojan luces sobre problemas gruesos del pasado. En el apogeo del mismo era impensable o al menos muy escaso y raro que se publicaran trabajos por fuera de las tensiones marcadas por ese tipo de historia. Todo o casi todo debía girar y giraba en torno de las grandes unidades de economía, civilización material y sociedad, muy bien resumida en el subtítulo epocal de la revista francesa de historia Annales.

La crisis de los paradigmas rectores de las ciencias sociales y humanas ha sido aprovechada por los teóricos de la llamada posmodernidad que se basan en dicha crisis para reafirmarse en la idea de que estamos viviendo una nueva época y por tanto una nueva forma de entender la existencia humana en todos los sentidos. Una de las características de esa nueva era sería la ausencia de paradigmas o ideas hegemónicas. No admiten que en los postulados de la Modernidad hay un espacio para las crisis del “modelo”.

En la historiografía colombiana tuvo lugar un interesante duelo de opiniones entre los historiadores Mauricio Archila y Jesús Antonio Bejarano. Este último, antes de ser asesinado, sentó posición en el sentido de que la dispersión y la fragmentación de los estudios históricos y el fracaso de las grandes ideas rectoras y la baja producción de estudios de corte estructural son expresión de una lamentable banalización temática en la que caben los más disparatados proyectos. No hay escuelas, no hay tradición, no hay relaciones sistemáticas, el aumento de la edición de libros no se corresponde con la calidad esperada. En suma, se perdió el rumbo, la certidumbre, el sentido y como consecuencia sobrevino la superficialidad y el facilismo. Nadie hace historia económica, los nuevos historiadores desprecian o abandonan los estudios de amplias unidades, optan por lo fácil, por pequeñas preocupaciones. El diagnóstico que dejó Bejarano es pesimista y lapidario, estamos ante un momento de gran perplejidad. Archila por su parte hace un esfuerzo por matizar el pesimismo del colega. Hace su crítica a los posmodernos, a las limitaciones del enfoque literaturista de Hyden White para quien la Historia es un género literario. Archlla reconoce la validez y legitimidad de nuevas temáticas, nuevas preocupaciones y nuevos enfoques de la disciplina en la actualidad, reconoce los riesgos de banalización y facilismo, pero también es claro en que no todo lo que se ha producido en estos años de pérdida de la certidumbre es basura.

Yo pienso que la fragmentación del objeto de estudio de los historiadores está en estrecha relación con la crisis de los paradigmas, no es producto de una política pensada o diseñada sino que es subproducto de un vacío que no se ve con qué o cómo llenarlo. Lo que vemos es nuevas búsquedas que no pasan necesariamente por el rescate de viejos o la formulación de nuevos paradigmas. La primacía de historias muy especializadas y sobre temas muy específicos no se traduce ineluctablemente en decaimiento del espíritu y del rigor científico. La crisis de la idea rectora de una historia total, única y con sentido no conduce obligadamente al abandono del estudio de amplias unidades analíticas. No se puede negar que en este ambiente de numerosas publicaciones, de creación de programas de pre y posgrado en varias capitales conlleva a descuidos en el control de la calidad de los productos pero, tampoco es admisible una generalización en sentido negativo ya que entre los nuevos historiadores es apreciable el buen manejo de las variables que distinguen a un buen historiador de uno mediocre: buen dominio historiográfico y del estado del arte, abundante documentación, buena escritura y relevante exposición de problemas y conclusiones.

Sí hay crisis, pero una crisis que no significa hundimiento de la disciplina sino la ampliación de los objetos de estudio ante el desgaste de paradigmas totales. Han surgido nuevas preguntas sobre el pasado sobre aspectos que se consideraban intrascendentes o de poco valor como la vida privada que se refiere a un vasto universo de temas como el matrimonio, el amor, la mujer, la infancia. Sobre ritos y mitos que se consideraban de la exclusiva competencia de la antropología, sobre los saberes y las disciplinas, sobre los fenómenos de religiosidad. ¿Cómo no reconocer en la obra del historiador francés Serge Gruzinski, la exposición de una nueva forma de entender el fenómeno de la colonización a través del estudio de la interacción, choque y asimilación de los imaginarios religiosos y sociales del mundo de los españoles con los mundos indígenas americanos? Varios nuevos campos de agrupamiento se han formado, desde la llamada y exitosa por poco tiempo historia de las mentalidades hasta la más atractiva historia de los imaginarios colectivos y últimamente los llamados estudios culturales. Esto nos indica que el mundo de los fenómenos que tienen que ver con el pensamiento, las ideas comunes, las representaciones, los imaginarios, el saber corriente, que eran mirados como temas secundarios, dependientes y subordinados a las estructuras duras: economía y sociedad, han adquirido vida propia, han alcanzado pertinencia y se prestan, en muchos casos para la construcción de relatos apasionantes que bordean la buena literatura.

Y por supuesto, como ocurre en todo momento de cambio, la Historia se enfrenta a viejos y nuevos desafíos. Por ejemplo, ¿cómo evaluar los artículos y los textos? Para apartar la cizaña o la escoria no es preciso inventar nuevos paradigmas o teorías. Aún en el ambiente de incertidumbre que reina hay herramientas que siempre han sido útiles para cualquier escuela, perspectiva o temática. No puede ser pertinente, por ejemplo, un estudio sobre la institución matrimonial en un periodo corto, ¿por qué? Por la sencilla razón de que esa es una institución, como otras de parentesco, que solo es observable en la larga duración. Otros fenómenos, una guerra, un asesinato, una revolución, un gobierno, un personaje, en cambio, se ubican en la corta duración. En esto no cabe la rigidez puesto que ya se ha se ha demostrado que hay asuntos que manifestándose en coyunturas cortas también develan conexiones con la larga duración, como puede ser el estudio de peregrinaciones, apariciones de santos o de vírgenes y sincretismo religioso en la época colonial como lo ejemplifica Gruzinski.

En la tradición de la disciplina el uso apropiado y riguroso de fuentes documentales, sometidas a crítica, nos abre una ventana de evaluación, y como decíamos al comienzo, el manejo apropiado, sistemático de la bibliografía en tanto que esta herramienta, el estado del arte, nos permite saber la capacidad del investigador para realizar balances críticos, ubicar vacíos, problemas, puntos de debate, desgaste de previas consideraciones y aperturas. Permítanme un breve digresión sobre la utilidad de las imágenes en el proceso investigativo. Hasta hace muy poco tiempo, se consideraba que el mundo de las imágenes era de poco valor en el proceso de interpretación de problemas del pasado. Siempre se confió, y todavía es así, en la fuente escrita y en los documentos. Se pensaba que las imágenes que tenían algún valor lo tenían en sentido estético y por eso su análisis se dejaba en manos de una especie de subdiscplina, la historia del arte. Sin embargo, en años recientes, la concepción sobre la importancia de las imágenes, desde pinturas, fotos, gráficos, publicidad, hasta cartoons y caricaturas, además de otros objetos creados por los seres humanos, han ganado relevancia y estatus como fuentes privilegiadas de información que rebasan el sentido estético y se pueden usar para complementar el estudio de sus valores de uso, los intercambios simbólicos y los imaginarios colectivos. Peter Burke nos ha facilitado en varios textos, en particular en Visto y no visto, una explicación bastante refinada al respecto

En resumen no comparto el magro balance que del estado de la disciplina nos dejó el respetable profesor Bejarano. Una inspección rápida al trabajo que adelantan historiadores en diferentes universidades del país, para referirnos al caso colombiano, nos permite apreciar la existencia de un buen número de colegas formados en el nivel de posgrado dentro y fuera del país con tesis y artículos muy novedosos, que si bien se salen de las inercias tradicionales acreditan juiciosos, dispendiosos y prolongados esfuerzos en el manejo de amplias minas de información. El surgimiento y la consolidación de nuevas revistas de historia, la creación de nuevos estudios de pregrado y de maestría y doctorado dan cuenta de un vigor más que de una decadencia. Una mirada comparativa entre los contenidos temáticos y agrupaciones de los primeros congresos de historia con los realizados en los últimos dos decenios arrojan una diferencia que no es solo de tipo cuantitativo sino también cualitativo.

La crítica sistemática de la producción histórica e historiográfica, la organización de eventos especializados en vez de congresos multitudinarios donde es casi que imposible compartir e intercambiar, son actividades pertinentes para decantar y descartar aquello que no alcanza los niveles de exigencia de la disciplina. Urge, por ejemplo, un estudio tipo balance sobre la voluminosa publicación reciente de libros para hablar con bases ciertas acerca de la buena o mala calidad de lo que se está publicando. Puesto que al fin de cuentas, más allá de las discusiones teóricas, como decía Georges Duby, la Historia no se divide entre vieja y nueva historia sino entre buena y mala historia.

**Darío Acevedo Carmona**, Medellín, 17 de mayo de 2013